

## II

Isabel sirvió la comida á su hora, y los pasteles, que salieron, en verdad, deliciosos.

Felipa vino para llevarlos al horno, y se esperó para traerlos cocidos.

Doña Escolástica se comió docena y media, y con la boca llena alababa á más y mejor á Isabel, diciéndole que no saldría de su casa aunque tuviera que darle cada mes tres duros de salario, pues los merecía por su habilidad.

Como la buena señora era tan glotona, aunque comió á las tres, hubo que prepararle cena para las once: Isabel aprovechó la velada para buscar la ropa, de que le habia hablado, prefiriendo esto á bajar á la tienda á formar parte de la tertulia, y á oír las árias del zapatero.

Doña Escolástica halló su cena bien hecha y servida con una pulcritud á la que no estaba acostumbrada.

El mantel limpio: los platos lavados y bri-



llantes de aseó: los usados cubiertos de plata centelleantes por el esmero con que habian sido frotados: los vasos con la más pura claridad: todo esto constituia un conjunto agradable y elegante, que deslumbró á la tendera.

Segun ella dijo, comió mucho más á gusto que lo habia hecho nunca, y eso que toda su vida habia tenido un apetito voraz.

Acabada la cena, Doña Escolástica se acostó.

Isabel recibió la órden de buscar sábanas y almohadas para su cama entre el inmenso monton de ropa blanca que habia lavada de dos ó tres meses, y de arreglarse un catre de tijeras con un colchon, dentro del gabinete donde dormia la señora.

—Mira, querida, le dijo ésta, que le hacia el honor de tutearla desde que habia *probado* sus pasteles; déjame arregladita la lamparilla, y ve-te si aún tienes algo que hacer: yo me dormiré descansadamente, porque tengo en tí mucha confianza: hago lo que nunca he hecho con nadie, que es fiártelo todo: ya ves que esto es de agradecer.

—Yo se lo agradezco á Vd. mucho, señora, repuso la jóven: duerma Vd., y me voy á arreglar la ropa para aplanchar mañana: cuando

venga á acostarme, procuraré no hacer ruido.

Cinco minutos despues, dormia Doña Escolástica, roncando de una manera prodigiosa.

Isabel estuvo para acabar sus quehaceres hasta más de la una.

Luego entró, y se acostó quedito, á la débil luz de la lamparilla.

Pero no pudo hallar tampoco el reposo, de que tanto necesitaba, en el pobre lecho que le habia conquistado su duro trabajo: los ronquidos de Doña Escolástica incomodaban sus delicados nervios de una manera indescribible, y solo cerca ya del alba la rindió el cansancio como una media hora, pasada la cual se levantó.

El calor hizo salir del lecho á la tendera al poco rato: así que se sentó en el comedor, Isabel le presentó el chocolate.

—¿Quién ha ido á buscarme los buñuelos? preguntó Doña Escolástica, que tenia al derredor de su jícara una batería de una docena.

—Felipa, que vino á ver si ocurría algo.

—Bueno, hace en eso su deber, pues si no fuera por mí ya se hubiera muerto de hambre: mira, en vez de agua, tráeme un vasito de leche.

—No la hay, señora, respondió Isabel, que se



puso pálida como un cadáver al solo temor de si la obligaria á ir por leche su *señora*.

—¿No la hay? pues ve por ella.

—¡Eso es imposible! murmuró dolorosamente Isabel: dentro de casa haré lo que Vd. me ordene, por duro que sea: pero las cosas de la calle nunca las hice, ni sé...

—¿Y qué tiene eso que saber? ahí, á la esquina la venden.

—¡Me es imposible complacer á Vd., señora! exclamó Isabel trémula y sofocada.

—¿Con que tienes toda esa vanidad? ¡miren la mosquita muerta, quién lo habia de decir!

—Yo no tengo vanidad, señora: tengo dignidad.

—¿Y si esa dignidad hace que yo te eche á la calle?

—¡Me iré! repuso Isabel sin saber muy bien lo que decía, pues realmente no tenia á dónde ir.

No sabemos lo que hubiera contestado Doña Escolástica: pero no le dió lugar á ello el haber oido dos golpes á la puerta de la casa, que aún estaba cerrada.

La gruesa señora dejó su silla, y se asomó á la ventana.

—¡Una hermana de la Caridad! exclamó muy admirada.

—¡Ah, bendito sea Dios! murmuró Isabel: ¡bendito sea, que no me desampara!

—¡Eh, buena hermana! ¿qué se le ofrece á usted? preguntó Doña Escolástica desde la ventana: ¿comprar alguna cosa? pues vuelva usted, que me estoy desayunando, y ahora no estoy para nada: dentro de una hora estará abierto mi establecimiento.

—¿Está en casa la señorita Isabel Megía? preguntó la hermana: á ella es á quien busco.

—Sí, señora, está en casa: ¿y qué, es usted quien la trajo ayer?

—Sí, señora.

—¿Y necesita Vd. verla ahora? ¡Vaya una embajada! ¿Lo ha soñado Vd. esta noche?

—Suplico á Vd. que me deje ver á la señorita Isabel, pues me es absolutamente indispensable.

—¡La señorita Isabel! Pues me gusta, más pobre que las ratas, y señorita acá, señorita allá! ¡anda, mujer anda! prosiguió volviéndose á la jóven: que pareces un santo de palo; baja á ver lo que te quiere esa santa mujer y dile que no vuelva á estas horas con esas sonajas.

Isabel bajó la escalera precipitadamente:



descorrió los cerrojos y las barras con mano trémula de alegría, y se arrojó en los brazos de la Superiora de las hermanas de la Caridad, que la recibió en ellos.

—Entremos, hija mia, le dijo; porque tengo que hablar á Vd. largamente: ayer, así que llené mis primeras obligaciones, me ocupé de usted, cuya suerte me tenía tan inquieta: entremos, y le diré todo lo que he conseguido.

Las dos entraron en la tienda: la religiosa tomó asiento, y la jóven se colocó á su lado preparándose á escuchar con toda la atencion de que era capaz.

—Cuando ayer acabé mis principales quehaceres, hija mia, comenzó la buena señora, salí pensando solo en Vd.: sabía que se hallaba en una casa desconocida, sin dinero y sin amparo: así es que una inquietud indecible me devoraba; nunca pensé poder lograr para Vd. otra colocacion mejor que la de camarera de alguna casa grande: pero esto no me parece ni indecoroso ni inadmisible por ningun motivo: jóvenes conozco de excelente educacion que han hallado una suerte casi feliz en este estado.

—Yo no lo rehusó de ningun modo, madre mia, contestó Isabel: soy una pobre muchacha

sin apoyo en la tierra, y seré dichosa si hallo alguna casa donde ganar honradamente mi subsistencia.

—Yo creo que ese sería uno de los partidos más prudentes que pudiera Vd. tomar: pero veamos antes otro: ¿no estaría Vd. bien viviendo sola con su pensioncita, y ayudándose con labores de costura?

—¡Ay, señora! ¡vivir sola es tan triste! dijo Isabel: ¡yo soy tan medrosa! y además me exponía á tantos peligros! Señora yo no soy buena para vivir así, y prefiero la mayor sujecion á esa triste libertad.

—¡Usted es un ángel, hija mia! repuso la religiosa estrechando cariñosamente las manos de Isabel: pocas jóvenes harían lo que Vd., pero la que ama el peligro, perecerá en él: y Vd. que lo huye, no lo debe temer.

—¿Acaso era la pregunta de Vd. para probarme? dijo Isabel á la religiosa.

—No, hija mia, respondió ésta: nunca dudé de Vd.; pero hubiera sentido mucho que adoptase aquél partido, que era, sin embargo, deber mio proponerle: ahora tengo una grande alegría en anunciarle que le he hallado una casa.

—¿Una casa?



—Sí, una casa buena: como yo la deseaba: una casa donde no hay jóvenes ni debe haber tampoco mucho trabajo, puesto que hay otras dos doncellas: Vd. será más bien una señorita de compañía para una joven de su misma edad: la familia se compone además del padre de esta señorita, y de su abuela, señora anciana, pero muy elegante, y que vive muy en el mundo: esa dama hace á los hospitales algunas limosnas, que tiene el gusto de entregarme á mí: además, en una ocasion en que se hallaba enferma, fué una de las hermanas á asistirle, porque decia que en ningun otro criado tiene tanta confianza: creo que es una familia bastante orgullosa; pero me mueve á llevar á Vd. allí, lo primero, el que, segun le he dicho ya, no hay jóvenes: y despues, el que se habla muy bien de la moralidad de esa casa.

—Podemos, pues, marchar cuando Vd. quiera, dijo Isabel: solo siento el no hallarme equipada de otra manera... ¡si á lo ménos tuviera una mantilla!...

—Aquí hay ocho duros, querida Isabel, dijo la religiosa dando un bolsillo á su protegida: son del fondo de limosnas, no se avergüence Vd. de aceptar por Dios lo que necesita.

—Lo acepto, madre mia, repuso la joven: Dios es el mejor fiador, y Vd. es una santa al amparar tan generosamente á quien ningun amparo tenia: él le pagará todo el bien que me hace.

—Vamos á pedir permiso á la señora de la casa para que venga Vd. conmigo, dijo la religiosa levantándose, é iremos á comprar la mantilla.

—¡Isabel! gritó una voz en aquel instante.

—¡Ay Dios mio! ¡me llama! exclamó la joven yendo hácia la puerta.

—¿Quién la llama á Vd.?

—La señora.

—Espere Vd., creo que baja, dijo la religiosa, quien en efecto, oia un paso muy pesado por la escalera.

—¿Hasta cuándo dura la visita? exclamó la gruesa tendera asomando de repente su rostro lleno y colorado por la puerta que daba á la trastienda: ¡pues ya han podido Vds. hablar bastante!

—Ahora íbamos á ver á Vd., señora, repuso la hermana con humilde dulzura.

—¿Y para qué queria yo verla á Vd.? ¿me podrá Vd. decir?



—Usted para nada, yo era quien deseaba ver á Vd.

—¿Y con qué objeto?

—Para pedir á Vd. permiso á fin de que dejara salir conmigo á Isabel durante una hora.

—¿Y á dónde van Vds.?

—Vamos á comprar una mantilla.

—¿Para Vd.? preguntó socarronamente Doña Escolástica.

—No, señora, para ella.

—Lo que va á hacer ella ahora mismo, repuso la tendera, es ir á buscar mi leche: ¡vaya! pues no faltaba más, sino que yo me quedase sin ella!

—No se quedará Vd. sin ella, dijo la religiosa: porque iré yo á buscarla.

—¡Usted, señora! exclamó Isabel.

—Yo, hija mia: yo que estoy acostumbrada á todo: Vd. no, y se le hará más penoso: vamos, señora, déme Vd. un jarrito, é iré por la leche.

—¿Es decir, exclamó la tendera, que á Vd. le parece muy natural que esta muchacha no quiera ir á buscarme la leche?

—Sí señora, lo hallo natural: ¡como que jamás lo ha hecho!

—Pues ninguna criada mia ha rehusado ir á comprar lo que ha hecho falta.

—Es que esta señorita no es una criada.

—Es peor: es una pordiosera, á la que tengo de favor en mi casa.

—Señora, dijo gravemente la religiosa: la salida de casa de esta jóven no tiene otro objeto que el de ir conmigo en busca de otra casa, donde podrá ganar su vida honradamente, dejando la de Vd., aunque le agradezco en el alma que la haya acogido Vd. en ella.

—¿Cómo! ¿qué dice Vd.? ¿que va á salir ahora Isabel de casa? ¿y á dónde? ¿y por qué?

—Ya he dicho á Vd. que va conmigo á una casa donde espero colocarla bien.

—Pues yo le digo á Vd. que no saldrá de la mía.

—¿Y por qué, señora?

—Porque no me da á mí la real gana.

—¿Pero Vd. quién es para...

—¿Yo? nadie: pero ella trae una carta para mi marido; mi marido no está, de modo que yo respondo: y así, hasta que él no venga, no sale de mi casa.

—Es Vd. dueña de hacer lo que guste en esa parte, dijo la religiosa, que se habia quedado



pensativa: pero si Vd. mortifica demasiado á esta jóven, exigiéndole cosas que no debe, á falta de otro asilo, tiene mi celda.

—Adios, hija mia, prosiguió volviéndose á Isabel: te dejo ahora, pero volveré tódos los días á saber de tí.

—Pues como no sepa Vd. por la rendija de la puerta, dijo Doña Escolástica, no sé por donde podrá Vd. saber.

La religiosa no contestó: miró á Isabel, le señaló el cielo con el dedo, y se marchó con paso mesurado y majestuoso.

—Ya he bebido agua, dijo Doña Escolástica, para que no te incomodes en ir por leche: pero á ver si el planchado va vivo y bien hecho.

Isabel, sin volver ninguna contestacion, se fué á la cocina para preparar las planchas á fin de dejar arreglado lo que le encargaba aquella déspota señora.

### III

German, al decir que Camila se sentía algo indispuesta, habia dicho la verdad.

Habia estado él á ver á la Marquesa y á su hija despues que salieron de allí Amelia y su abuela; Camila, que habia vuelto á tomar su bordado, se quejaba de un fuerte dolor de cabeza: y este pareció aumentarse de tal suerte, que la jóven se vió precisada á dejar su labor.

La Marquesa, asustada, corrió á ella, y German se despidió no bien la jóven pareció algo aliviada á beneficio de una bebida que su madre usaba para los ataques nerviosos que padecia.

Camila pasó la noche muy agitada.

Su madre y su hermano no se separaron de su cabecera.

Por la mañana tuvo un pequeño vómito de sangre; y luego, ignorando ella misma el riesgo en que se hallaba, se puso á hablar con su ma-



dre, á sonreír y á formar proyectos para lo venidero.

Esto sucedía en la misma mañana en que la religiosa estuvo á ver á Isabel.

—Mamá, decía Camila reclinada sobre algunas almohadas que su madre había colocado á su espalda: ¡yo quisiera ir á Valencia!

—Iremos, hija mia, repuso la Marquesa haciendo esfuerzos para reprimir sus lágrimas.

—¡Qué hermosa es aquella ciudad, y cuánto deseo volverla á ver!

—Así que te halles mejor, iremos.

—¿Y tú vendrás también? preguntó Camila á su hermano.

—No me será posible por ahora, respondió Fernando: pero iré á buscaros á mamá y á tí.

—¿Y por qué no podrás venir ahora?

—Porque he de atender á un negocio muy desagradable, hermana mia.

—¿Qué negocio?

—Uno de los parientes de nuestro padre, ha puesto un pleito á nuestra casa, por el que nos disputa casi todos nuestros bienes.

—¿De modo que si lo gana...

—Nos quedaremos muy pobres.

—¿A cuánto se reducirá entonces nuestra for-

tuna? preguntó Camila sin la menor emoción.

—A la renta que nos dé una casa que ha comprado nuestra madre, y que es lo único que tenemos libre: todo lo demás es vinculado.

—¿A cuánto ascenderá esa renta?

—A diez y seis mil reales lo más.

—¡Ah! ojalá se perdiera el pleito, exclamó Camila ingenuamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque debe ser muy bonito el ser pobre, el arreglarse uno su casita... ¡el coser y reparar las ropas!

—¿No es mejor ser ricos?

—¡No por cierto! á mí me fastidia ya ver tantos criados en casa: me cansa el no salir nunca á pié, el no tener nada que hacer, el estar rodeada de camareras; ¡oh! ¡los pobres viven más felices que nosotros!

—Ese es el mundo, hija mia, dijo la Marquesa: los ricos se cansan de serlo, los pobres se quejan de serlo también; nadie está contento con su suerte: por mi parte me será igual que Dios acorte nuestra fortuna, ó que la haga mayor; solo deseo veros buenos y dichosos.

Camila se durmió poco rato despues: sin em-



bargo, su madre y su hermano permanecieron á su lado contemplando ávidamente su semblante.

La inquietud devoraba á la Marquesa: apenas podia separar sus ojos del semblante de su hija, y, sin que se apercibiera de ello, algunas lágrimas se deslizaban á lo largo de sus mejillas.

—¿Por qué lloras, madre mia? le preguntó su hijo una vez: ¿acaso el estado de mi hermana te causa tanta alarma? Esa sangre puede ser de la cabeza, de la garganta.

—Hijo mio, dijo la Marquesa, hace ya largo tiempo que veo desarrollarse en tu hermana una enfermedad mortal: la perderemos muy pronto, no lo dudes.

—¿Qué tristes pensamientos, madre mia!

—Más vale que los tenga, que no que luego nos sorprenda un dolor inesperado.

—Pero, y si esto es una dolencia leve... pasajera?

—¡Mírala! repuso la Marquesa, alzando con trémula mano una de las cortinas de la cama: mira esas mejillas socavadas en tan pocas horas: esos ojos hundidos: ese aliento agitado, y dime si puede haber esperanza.

Fernando miró, en efecto, á su hermana: luego dejó escapar un ahogado suspiro.

—¡Ya lo ves! ¡no hay esperanza! repitió su madre: ¡cuántas lágrimas he derramado en la soledad de mi habitacion! ¡cuánto tiempo hace que veo cernerse á la muerte sobre la inocente cabeza de tu hermana!

—Pues bien, madre mia, repuso Fernando: no pretendo alucinarte con esperanzas vanas; á ello se opone además tu claro talento, que no me creeria: pero si Dios la llama á sí no me exijas que me case: permite que viva á tu lado para acompañarte... que jamás me separe de tí.

—¿Y los deseos de tu padre?

—Si Amelia ve que me entibio, ella misma renunciará á mí.

—Y eso será lo mismo que negarte tú á casarte con ella: ¿qué más tiene que le des motivo para que se canse de tí, ó que le digas que no quieres llevar á efecto la proyectada union?

—Madre mia, repuso Fernando: te aseguro que, si no mediase la voluntad de mi padre moribundo, no me casaria con Amelia, con la que creo ser muy infeliz: yo tengo mis ideas acerca de las mujeres; ideas muy opuestas al modo de ser, al carácter y á la educacion de esa jóven:



¡no es así como yo desearia á la compañera de mi vida!

—Ya lo sé, hijo mio, dijo tristemente la Marquesa: sé que no es esa jóven la que te conviene, y tampoco es así como yo desearia la mujer á quien debes unir tu destino: ¡pero paciencia! tu padre fué quien así lo dispuso, y solo él puede, desde el cielo, desatar el nudo con que te enlazó á Amelia, y que para tí debe ser sagrado: no hagas tú nada por tu parte para romperle, hijo mio: tu deber es respetarle... no faltes jamás á tu deber; porque si el cumplirlo te causa pesares alguna vez, si le encuentras rudo y amargo, á lo ménos te dejará una satisfaccion que nadie ni nada podrá arrebatarte: la de tener la conciencia tranquila y pura de toda mancha: ese es el mayor de todos los consuelos: la más positiva de todas las dichas de la tierra: obra bien, ¡y sea lo que Dios quiera!

—¡Gracias, madre mia! exclamó Fernando besando la mano de la Marquesa: ¡bendita sea tu palabra, que me consuela y me sostiene cuando mi valor desfallece: tú eres, no solo mi mejor amiga, sino tambien mi ángel tutelar!

—Soy, hijo mio, dijo la Marquesa, una buena madre, y nada más.

#### IV

Las cuatro de la tarde serian del dia que siguió á la noche en que Camila se vió obligada á acostarse, y en que tuvo lugar cerca de su lecho la conversacion precedente entre su madre y su hermano.

Doña Escolástica se hallaba pomposamente sentada detrás de su mostrador, ataviada con su traje lila y su pañuelo de tul blanco.

El ramo de flores habia sido renovado, pues una florera que se ponía á la esquina con su cesto de ramilletes, sabia que debia llevar cada tres dias uno nuevo.

Imposible parecerá á mis jóvenes lectoras que una mujer que amaba las flores fuese tan egoista y tan dura: pero es el caso que Doña Escolástica amaba todo lo que le era agradable, y las flores no tenian para ella otro mérito que regalarle el olfato y la vista.

Isabel, sentada en una silla baja, se hallaba en el comedor repasando la ropa atrasada.